

EL BARCO



DE VAPOR

Felipe Jordán

Gallito Jazz

Una fábula de gallinero

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2006 - CHILE



m

Pelusa 79

Dirección editorial: **Rodolfo Hidalgo**

Ilustraciones y cubierta: Roberto del Real

Diagramación: Gabriela de la Fuente

© Felipe Jordán

© Ediciones sm Chile S.A.

Pedro de Valdivia 555, piso 11, Providencia, Santiago.

ISBN: 956-264-404-9

Depósito legal: N° 148.199

Primera edición, julio 2006, 3.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta Salesianos
General Gana 1486, Santiago

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

TODO ERA agitación en el gallinero. Las gallinas viejas, los pollos nuevos y hasta algún pato intruso comentaban el acontecimiento del día: los polluelos estaban rompiendo el cascarón y, uno a uno, se asomaban tímidamente a la luz del día. Eran hermosísimos, parecían motas de algodón amarillo, con los ojazos negros y sus patitas debiluchas.

Mamá Gallina los recibía sonriendo y, amorosamente, los cobijaba bajo sus alas, para darles calor y protección.

Mientras, Papá Gallo esperaba ansioso afuera, pues, a pesar de lo fiero y autoritario que era, no se atrevía a entrar a ver la escena y comprobar que todo transcurriera en orden y sin problemas. Pero la verdadera causa de su ansiedad no era el nacimiento de sus hijos en sí, después de todo, ya había pasado por esto treinta y dos veces; sin contar esta última. No, lo que a él le preocupaba era otra cosa: quería saber si entre sus nuevos hijitos, había un gallito rudo y valentón, para enseñarlo a ser el rey del gallinero cuando él ya no estuviera.

Lo que pasaba era que Papá Gallo, con la sabiduría que solo tienen los animales, ya se sentía un poco viejo y no quería esperar a estar del todo acabado para elegir a un sucesor. No, este gallo era muy diligente y metódico y deseaba preparar él mismo a quien lo reemplazara, enseñándole todo lo que sabía. Sin embargo, hacía mucho tiempo que en las nidadas de Mamá Gallina,

no nacía un gallo y, aunque las pollitas le parecían muy amorosas y tiernas, y las quería mucho, esta falta de heredero empezaba a desesperarlo. Por eso, se paseaba y se paseaba, sumamente inquieto, en tanto los polluelos salían de los huevos.

Por fin, sin poder aguantarse más, fue hasta donde estaba Mamá Gallina y la interrogó con la mirada. Pero ella lo miró triste y desolada: hasta ahora, habían nacido once pollitas y sólo quedaba un huevo en el nido. El gallo miró ese último huevo, chiquitito y casi oculto entre la paja y el aserrín, y perdió las esperanzas. Suspirando, se alejó abrumado.

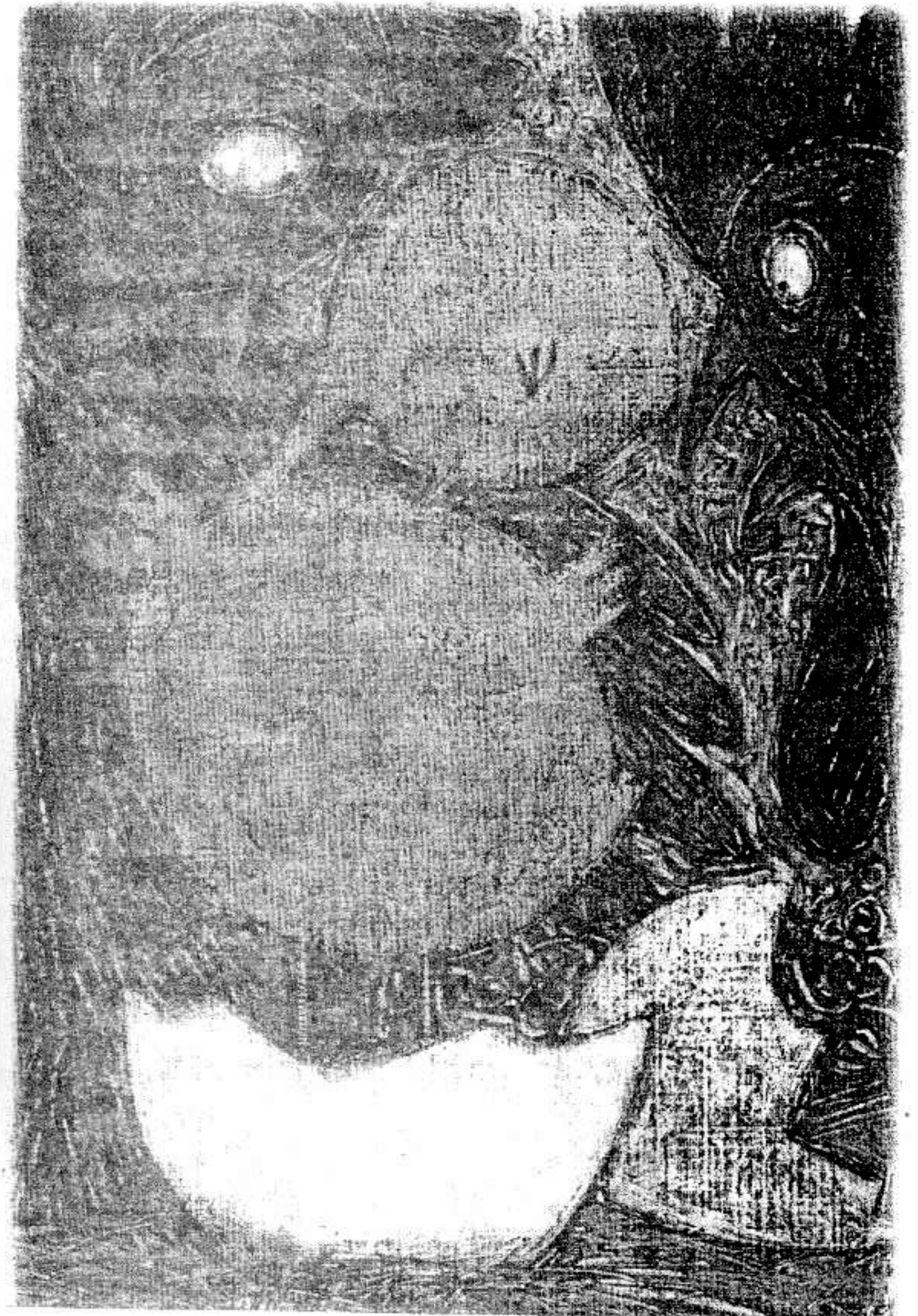
Todos estaban muy tristes en el gallinero. Si el gallo no tenía su propio heredero, entonces llegaría un nuevo gallo afuerino con quizás qué costumbres extrañas y habría que adaptarse. Eso no le gustaba a nadie, porque las gallinas son muy apegadas a su rutina y cualquier cosa que las saque de ella,

las pone muy nerviosas. Pero, tal como iban las cosas, parecía que así no más sería el asunto. Sin embargo, Mamá Gallina se echó sobre ese huevo remolón, con la intuición de que de él saldría lo que necesitaban.

Claro que ese huevo no dejaba de ser raro también. Aparte de su tamaño, el polluelo escondido dentro se demoró dos días más en decidirse a salir y cuando por fin lo hizo, fue en el momento menos habitual para las gallinas: la noche. Eso sí que causó revuelo. ¡Un polluelo que rompe el cascarón durante la noche! Nadie podía creerlo, menos aún Papá Gallo, quien, bostezando y medio dormido, se acercó al nido para comprobar tal suceso. Pero al ver la cara radiante de Mamá Gallina, se despabiló del todo y se asomó a mirar, con el corazón lleno de esperanza. Y allí estaba: un gallito inquieto y vivaracho tratando de pararse por primera vez en sus dos patas negras y flacuchas. El gallo estaba feliz, y todo el

gallinero compartía su alegría. Tenían heredero, después de todo.

Sin embargo, con el correr de los días, las cosas empezaron a ponerse di-



fíciles otra vez. Al principio, nadie se percató de que aquel polluelo, al que todos llamaban simplemente Gallito, fuera distinto a los demás pollos, por mucho que hubiera nacido de noche. Pero lo sería, eso no lo dudaría nadie dentro de poco.

Cierto día, cuando Papá Gallo juzgó que ya era tiempo de empezar a enseñar a su hijo los secretos para ser un buen gallo, lo llevó a un rincón apartado y, con aire de profesor, comenzó su labor.

—Mira, pequeño— dijo— Lo primero que debes saber, es que en todo gallinero que se respete, hay un solo gallo y él es quien manda... ¿has entendido?

—Pero, tú y yo somos dos gallos, papá— le respondió el pequeño, un tanto confundido.

—Tú aún no eres un gallo... completo, ¿me entiendes?— le explicó Papá Gallo— Tienes que crecer y cuando seas grande como yo, tomarás mi lugar...

—Y tú, ¿dónde irás papito?— le preguntó Gallito.

—Yo... este, bueno... Yo iré donde van todos los gallos cuando... ejem... cuando pasan a retiro...— le contestó su padre, bastante incómodo con la pregunta— ¡Pero eso no importa hijo! Lo que importa es que tú ocuparás mi lugar y yo te prepararé para eso...

—¡Bien, papito...!— exclamó el polluelo entusiasmado— ¿Qué me enseñarás primero? ¿A volar? ¿Cómo cavar un túnel? ¿Los nombres de las estrellas? ¿Qué...?

—¡Un momento, hijo, un momento!— pidió el gallo, abrumado por tantas preguntas— Una cosa a la vez, calma... ¿Por qué diablos tendría que enseñarte todas esas cosas... inútiles?

—Lo siento, papá— dijo un poco avergonzado Gallito— Pensé que...

—Nada, nada, hijo— señaló su padre un poco molesto— No debes pensar sino escucharme. Primero, los gallos y

gallinas no volamos, eso queda para los patos que están todos locos. Segundo, tampoco cavamos túneles, eso lo hacen las lombrices y nosotros las comemos. Tercero, hasta donde sé, las estrellas no tienen nombre... ¿Para qué ponerles nombre si estamos durmiendo cuando aparecen en el cielo?

—Un gorrión me dijo que el señor chuncho¹ sabía cómo se llamaban...— respondió tímidamente Gallito— Pensé que si él lo sabía, tú también...

—¡El señor chuncho!— exclamó Papá Gallo—. Los gorriones no son confiables hijo, ningún pájaro volador lo es... Y en cuanto al señor chuncho ese, lo es aún menos, pues aparte de volar, lo hace de noche... No te juntes con ellos y pon atención sólo a lo que yo te digo, ¿has entendido?

—Sí papá— dijo el polluelo resignado.

¹ Chuncho: búho pequeño.

—Bien, bien— el gallo lo miró satisfecho— Ahora, la segunda lección: los gallos despertamos a todos en la madrugada...

—¿Por qué?— lo interrumpió Gallito.

—¿Cómo que por qué?— preguntó Papá Gallo sorprendido— Porque hay que levantarse cuando sale el sol...

—¿Y si alguien no qu'ere levantarse?— interrogó el polluelo— Digo... se molestará si lo despertamos...

—¡Jo, jo, jo...!— rió el padre— ¡Nada de eso hijo, nada de eso...! Todo animal decente se mueve a la luz del día y ellos agradecen que los despertemos.

—Pero papá— dudó Gallito—, ¿y los otros animales? ¿Los que salen de noche? ¿O los que viven fuera del gallinero y simplemente no quieren levantarse temprano?

—Ya te dije, hijo— respondió Papá Gallo poniéndose muy serio— Los únicos animales decentes y, por lo tanto,

todo tiene una razón de ser y nuestro estilo de vida nos ha permitido sobrevivir hasta ahora.

Gallito guardó silencio y meditó aquello que su padre le decía. Era cierto que él era muy joven, apenas tenía unas cuantas semanas de nacido, y no sabía que la vida fuera tan peligrosa. Nunca lo había imaginado siquiera. Él vivía tranquilamente tras la alambrada, con los pies bien puestos sobre la tierra y cuidado por Mamá Gallina y Papá Gallo. Miró a su alrededor y vio a los demás, paseándose en lo suyo, sin miedos de ningún tipo. Sin duda, todos se sentían muy seguros y Papá Gallo parecía tener razón.

Pero entonces, dos gorriones se posaron gráciles en el piso, buscando restos de maíz para comer, y Gallito se preguntó cómo era que las otras aves, las que volaban y las que salían de noche, podían sobrevivir tan bien como las gallinas en el peligroso mundo. Por-

que, si había gorriones, chunchos, patos, zorzales y tantos otros pájaros por ahí, era porque ellos, a su manera, también sobrevivían sin estar encerrados tras un cerco ni renunciar a volar. Sin embargo, nada le dijo a su padre para no contrariarlo otra vez.



Papá Gallo, por su parte, consideró terminada la lección de ese día, dejó al polluelo solo y se subió a su estaca favorita a descansar. Nunca supuso que enseñar a su heredero pudiera provocarle el fuerte dolor de cabeza que sentía en ese momento. “Yo jamás osé poner en duda lo que me decía mi padre”, rumiaba para sus adentros, sin comprender la actitud tan inusual de su hijo como la de romper el cascarón de noche. “Debió ser un presagio”, pensó cerrando los ojos para echarse una siestecita reparadora.

Al día siguiente, el perseverante gallo volvió al ataque y llevándose nuevamente a su hijo aparte, recommenzó sus lecciones. Menuda sorpresa le esperaba.

—Hoy es un hermoso día— dijo Papá Gallo mirando el cielo azul y el sol radiante—, indicado para el arte... Veamos, pues, el canto. Has de saber, hijo,

que la característica especial que nos identifica a los gallos, es nuestro canto, ese potente, pero melodioso llamado matutino saludando al sol. Debe ser gallardo, pero sin ostentación; sutil, sin embargo, notorio; armonioso, pero sin monotonía. En fin, extraordinario... ¡y sin extravagancias²! Debes saber que es el sello que marcará toda tu vida... que; cuando sea escuchado, todos sabrán la calidad de gallo que eres... y que cuando lo entones, sentirás que para eso has nacido y estarás orgulloso de tu porte, de tu cresta, de tus espolones y, sobre todo, de tu garganta...

—¡Oh, vamos papito, enséñame cómo se hace...!— exclamó Gallito, entusiasmado por las palabras de su padre.

Entonces, envalentonado con la infantil admiración de su pequeño, Papá Gallo le explicó:

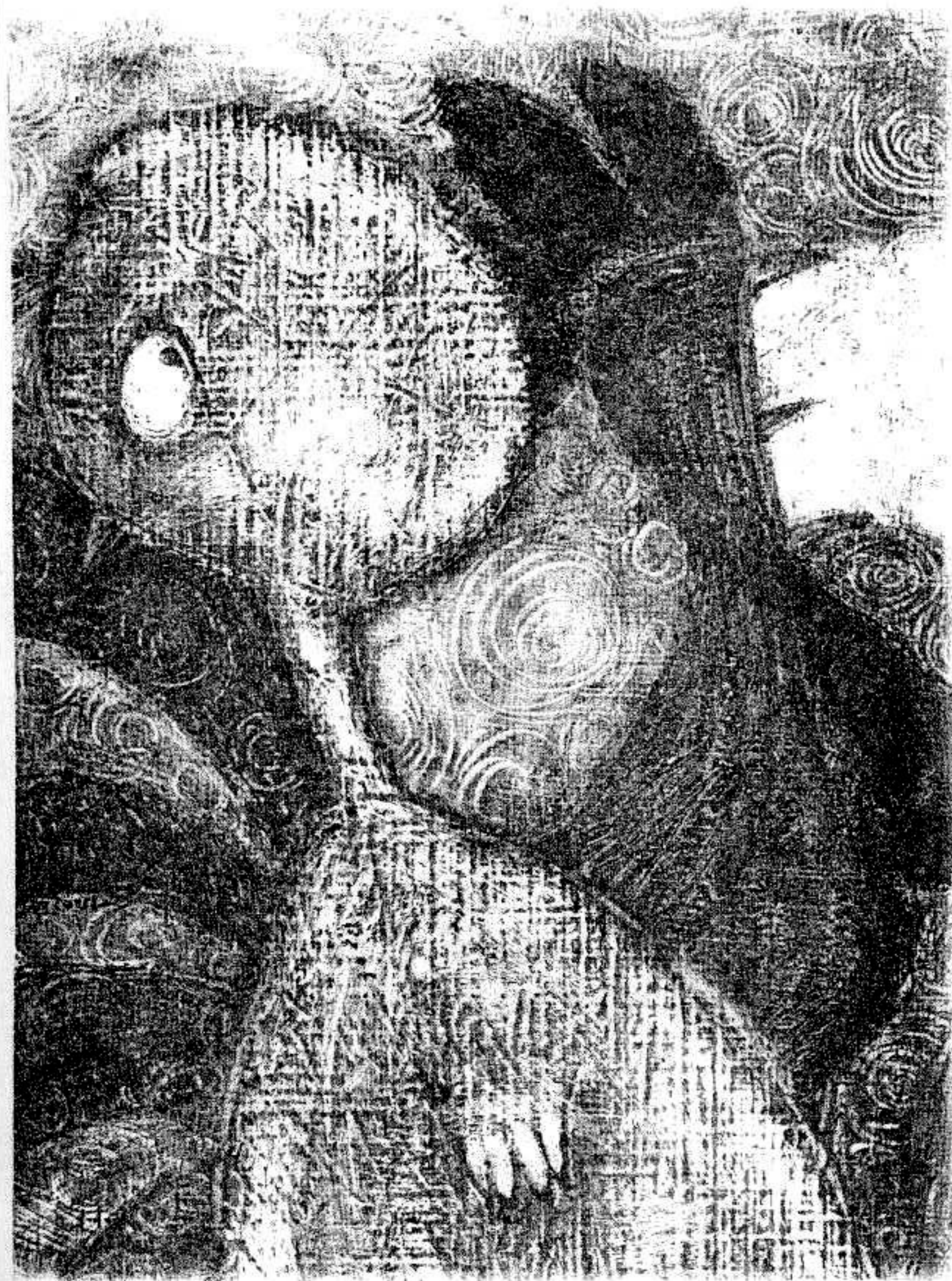
² Extravagancia: comportamiento fuera de lo considerado normal.

—Primero, hijo, tomas mucho aire inflando tu pecho hasta casi reventar...¡así!... luego, bates las alas como para alentar a las notas a que salgan con toda su fuerza...¡así!... ¡Y lo lanzas todo afuera, dejando tu alma en ello!...¡así!— y Papá Gallo emitió el más impresionante, altisonante y destemplado³ canto que se haya escuchado en mucho tiempo en el gallinero. Incluso, las gallinas se paralizaron por un instante, hechizadas por ese alarde de varonil fuerza. Gallito quedó con la boca..., es decir, con el pico abierto.

El gallo se sacudió displicente⁴ las plumas para acomodárselas, esperando el comentario obligado de su hijo, que lo miraba con enormes ojos de sorpresa y, supuso, admiración. Pero Gallito no dijo nada. Aunque no era la primera vez

3 Destemplado: en este caso, desafinado.

4 Displicente: en este caso, con descuido, como quien no quiere la cosa. Con desdén.



que escuchaba a su padre hacer ese estridente sonido, siempre creyó que era sólo para despertar al mundo y que, cuando todos hablaban del canto del gallo, se referían a otra cosa, bastante distinta a ese... alarido. Él creía que cuando los gallos cantaban, hacían eso: cantar, tal como cantaban las otras aves, a las que había escuchado embelesado más de una vez.

—¿Y bien...?— preguntó Papá Gallo y ojalá no lo hubiera hecho.

—Es... es horrible— contestó el polluelo, incapaz de mentir. Y quedó la grande.

—¡¿Co-co-co-cómo...?!— exclamó estupefacto su padre y todo el mundo en el gallinero se volvió hacia ellos al escucharlo. A Papá Gallo casi le da un soponcio⁵ y queda tendido ahí mismo, listo para la olla. Fue tanta su sorpresa, mezclada con rabia y desconsuelo, que

⁵ Soponcio: desmayo.

se quedó mudo y sólo atinaba a mirar al polluelo alternadamente con cada uno de sus ojos llenos de furia. Su cresta, naturalmente colorada, se puso de un tono granate oscuro y, si hubiese tenido un hoyo en la cabeza, seguramente habría salido humo por él. Mamá Gallina, que conocía el temperamento arrebatado de su con-sorte, corrió a rescatar a su pollito, mientras las otras gallinas atendían al pobre gallo, que ya llevaba un minuto o dos sin respirar de lo molesto que estaba.

—Pero hijito,— dijo Mamá Gallina, una vez que puso al polluelo a salvo y éste le contara lo que había pasado—, el canto es el orgullo de los gallos, así como poner huevos es el orgullo de las gallinas. ¿Cómo puedes encontrarlo horrible?

—Es que he escuchado a otros pájaros cantar— respondió triste Gallito—, y su canto no se parece en nada al de papá.

—Eso es porque esos pájaros no cantan para despertar a nadie— le ex-

plicó su madre— Ellos cantan por otras razones...

—¿Cuáles, mamá...?— preguntó el polluelo— ¿Para qué cantan ellos?

—No lo sé— respondió la gallina, un poco sorprendida con la pregunta— Para... para... encontrar pareja, supongo... o porque les gusta cantar así, no sé.

—¿Y yo podría cantar así?— la carita de Gallito se iluminó de pronto.

—¡Ay, hijo..!— Mamá Gallina lo miró algo desconsolada— ¿Por qué querías cantar de esa manera? Así, más que despertar, arrullarías a quien te escuche... Además, tu padre...

—¿Papá no estaría contento?— preguntó el pollito.

—No, no lo estaría— respondió la gallina— Pero eso sería porque él es muy apegado a nuestras tradiciones...

—¿Por qué son tan importantes las tradiciones, mami?— Gallito estaba un poco confundido.

—¡Uf!... Es algo difícil de expli-

car...— suspiró su madre, tratando de encontrar las palabras justas— Porque... porque las tradiciones nos ayudan a ser quienes somos...

—No entiendo...— el polluelo ahora estaba demasiado confundido.

—Mira hijo, para ser gallina, hay que actuar como gallina— explicó la madre— Los perros acostumbran a enterrar huesos, es algo que sólo ellos hacen y por eso se les reconoce. Si un gallo se dedicara a enterrar el maíz, en lugar de comérselo, no sabríamos si es gallo o si se cree perro... ¿Me entiendes?

—Pero, ¿por qué sería malo eso...?— Gallito no entendía mucho, en realidad.

—No sé si es malo, pero sí sé que sería muy extraño y que provocaría confusiones y, tal vez, más de algún problema...— contestó Mamá Gallina.

—¿Problemas...?— su hijo la miró intrigado.

—Claro... ¿Cómo saber si ese gallo es confiable, digamos... como para

defender el gallinero?— dijo su madre— Si no actúa como gallo a la hora de comer, puede que tampoco lo haga a la hora de pelear...

—O sea, ¿si sigo las tradiciones, seré un buen gallo... para los demás?— inquirió el polluelo.

—Exacto— le respondió su madre.

—Pero, ¿no basta con que yo sepa que lo soy...?

Papá Gallo, una vez repuesto del mal rato, se encaramó en su estaca a pensar. No entendía qué pasaba con su hijo. Jamás había sabido de un gallo, gallina o pollo al que no le gustara el canto propio de su especie. “¿Será que no es un gallito, en realidad...?”, pensó recordando que, cierta vez, Mamá Pata había empollado un patito sumamente feo el cual, finalmente, resultó ser un cisne. Pero sacudió la cabeza como para desechar tan absurda idea: esas cosas podían pasarle a los patos, por su in-

apropiado modo de vida, pero no a las gallinas, siempre decorosas y recatadas. Además, el chico era evidentemente un pollo. No, no iba por ahí la cosa.

Pero, por más que pensaba y pensaba, el gallo no podía dar con una respuesta a su inquietud. Por eso, se alegró de ver aparecer al Viejo Ratón que, saliendo de su escondite, se aprestaba a recoger algunos granos de maíz que había por ahí. Aunque no solían tratarse mucho, el gallo y el roedor charlaban a veces, si es que se le puede llamar charlar a cruzar dos o tres palabras acerca del clima, que era a lo que más habían llegado. Pero Papá Gallo no tenía a nadie más a quien acudir, pues ser el rey del gallinero no le permitía alternar con otros gallos (simplemente porque no había más), y no confiaba en los patos, con quienes mantenía una relación de fría y distante cordialidad. Entonces, confundido como estaba, decidió hablar con el Viejo Ratón, que tenía fama de ser muy sabio, pues

en su juventud había vivido en una biblioteca antes de retirarse al campo.

—Es un problema, sin duda— dijo el roedor, luego de que el gallo le contara su preocupación— Pero en ningún caso es un problema extraño...

—¿Qué quieres decir?— preguntó Papá Gallo.

—Estos son otros tiempos, muy distintos a los de nuestra juventud, amigo gallo— respondió el ratón, sonriendo amable— Como dijo el sabio Galileo: las cosas cambian... y los hijos también.

—¿Cómo...? Pero seguimos siendo gallos y ratones...— señaló el ave, algo confundido.

—Ciertamente, tú sigues teniendo tu roja cresta y tus afilados espolones y yo, mi cola y mis grandes dientes— explicó el ratón— Pero ya no actuamos exactamente como antes actuaron nuestros padres.

—¿Cómo que no? ¡Yo sigo levantándome y acostándome con el sol, y

sigo cantando para despertar al mundo y...!— refutó Papá Gallo con vehemencia.

—¡Lo sé, lo sé...!— lo interrumpió el roedor sonriendo divertido— Pero, tu padre o tu abuelo, ¿habrían pedido consejo a un ratón, como tú lo estás haciendo ahora?

—¡Caramba! No lo había pensado...— el gallo se sintió un poco avergonzado, sin embargo, se repuso y agregó—: pero ellos no tuvieron un hijo que pusiera en duda lo que le decían.

—¿Estás seguro?— preguntó misterioso el ratón.

—¿Por qué preguntas eso?— inquirió el gallo intrigado.

—¿Siempre creíste que tu padre tenía razón en todo?— preguntó a su vez el roedor.

—Esteee...— el gallo dudó un instante.

—¿Haces todo exactamente como tu padre te lo enseñó?— atacó de nuevo el ratón.

—Buenooo...— vaciló otra vez Papá Gallo.

—¿Y bien...?— el roedor guardó silencio, esperando.

—La verdad..., no— admitió por fin el gallo— Mi papá solía darme uno que otro picotazo para hacerme entrar en razón y eso siempre me fastidió, por lo que juré nunca hacerlo con mis hijos y así ha sido...

—¿Ves?— concluyó el otro— Seguramente tu padre tampoco hizo todo tal como se lo enseñó tu abuelo... ¿Por qué tu hijo tendría que ser diferente? Ya lo dijo el famoso Sócrates: los chicos piensan, amigo gallo, y más de lo que uno cree.

En tanto, al otro lado del gallinero, Gallito se paseaba pensativo. Él sabía que era un gallo: había nacido de un huevo puesto por Mamá Gallina, pronto le crecería la cresta y, a pesar de todo, sentía ya deseos de cantar, en gran parte, porque Papá Gallo lo había

entusiasmado con la idea. Entonces, ¿por qué tenía que demostrárselo a los otros? ¿Por qué demostrar, además, algo que era tan obvio? Definitivamente no lo entendía.

Confundido, se sentó a la sombra de la higuera que crecía tras la alambrada. De pronto, un gorjeo melodioso y rítmico, se dejó escuchar cayendo desde arriba de su cabeza. Levantó la vista buscando al cantor y vio, no a uno, sino a varios pájaros de un color negro azulado que, instalados en la higuera, alegremente improvisaban un coro. Sonrió encantado con lo que oía y uno de los pájaros, saltando a una rama más baja, le dijo:

—¡Buen día pollito! ¿Cómo e'tás tú? ¿Te gusta la música, *helmanito*?

—¡Buenos días, señor mirlo⁶!— respondió Gallito, educado— Me gusta mucho, ustedes cantan muy bien...

⁶ Mirlo: ave de la familia de los cuervos, de gorjeo armónico. En cautiverio, puede llegar a imitar la voz humana.

—¡Oyeron eso negritos...!— el mirlo se dirigió sonriente a sus compañeros— ¡El pollito sabe lo que es salsa, caray...!

—¡Y él debe sé' un *expelto*...!— respondió otro— Sí es un gallo y los gallos saben de canto, ¿o no?

—¡Es *veldá*... es *veldá*...!— gritaron los demás mirlos entusiasmados.

—¡Anda, chico, únete a la banda y hagamos *bailá* al gallinero!— dijo el primero— ¡A ver: y uno, y dos, y tres..!

Y todos los mirlos comenzaron a gorjear y a silbar, llenando el aire de un armonioso canto que, si bien no tan dulce como el de los canarios, era igualmente agradable y, sobre todo, contagioso. El polluelo los miraba embelesado y, poco a poco, el deseo de cantar también, fue creciendo en su interior, subiéndole desde el pecho a la garganta, donde se instaló como una bomba a punto de estallar. El primero de los mirlos se dio cuenta de lo que pasaba con el chico y, de pronto, exclamó:

—¡Eso es, negritos...! ¡Ahora tú, *helmanito*, suéltalo y danos tu mejor nota...!

Gallito no se hizo esperar y sin pensarlo mucho, tomó aire, batió las plumas y empezó con ganas, tratando de ajustarse al ritmo de los mirlos:

—¡Kiikiri...coooc...!— cantó con fuerza, tal como le había enseñado su padre. Los mirlos se miraron sorprendidos.

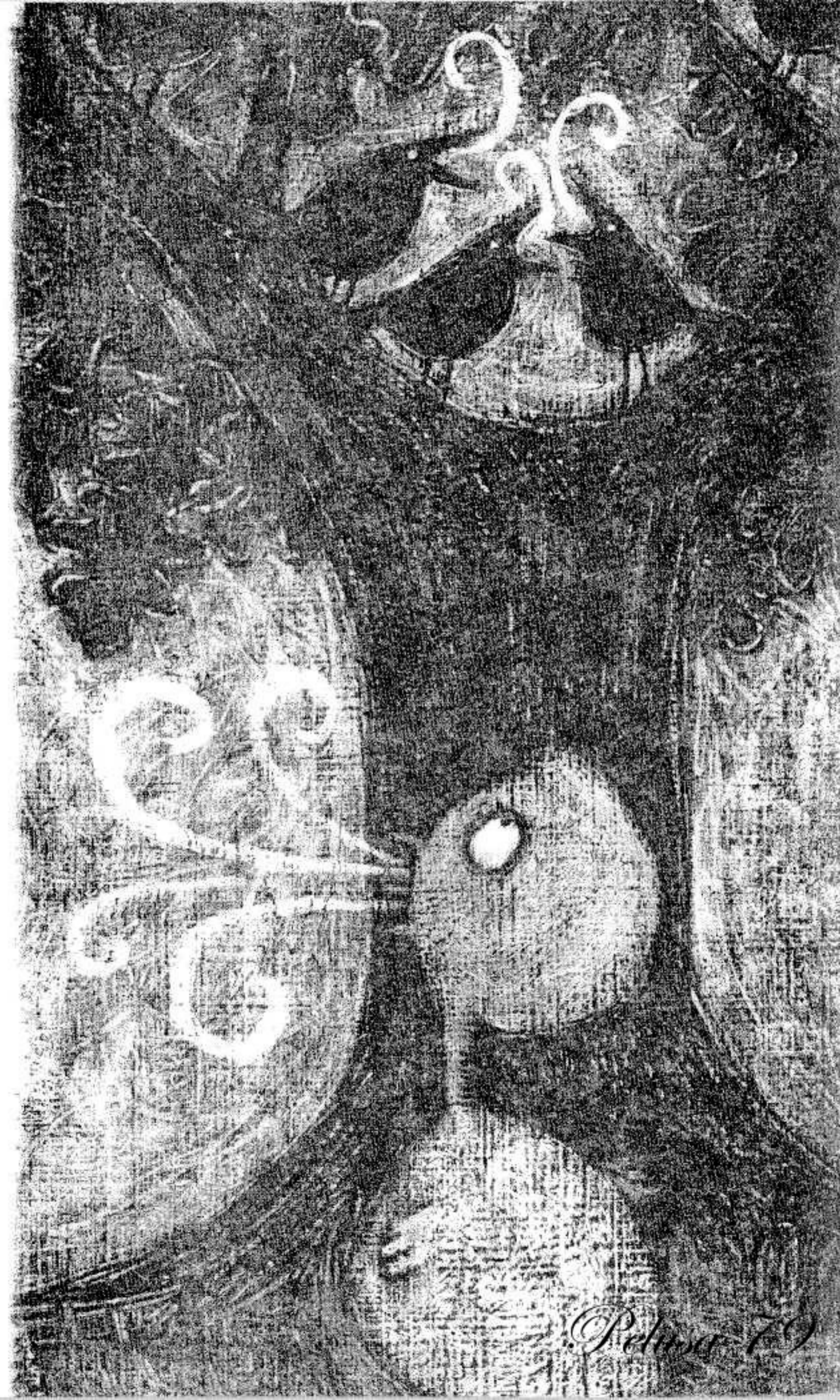
—¡Azzúcar...!— exclamó el primero— ¡Oye, minegro, el pollitosí que canta...!

—¡Tiene la voz áspera, pero no está mal, nada mal...!— dijo otro.

—¡Está listo *pa' cantá jazz*...!— comentó un tercero.

—¡Hagámosle coro a este tenor, negritos...! ¡A cantar... a cantar!— ordenó el primero y todos, incluido Gallito, se lanzaron entusiasmados con una nueva canción.

Por supuesto, el barullo atrajo la atención de todos en el gallinero. Primero, fueron las pollas más jóvenes las que



se acercaron curiosas a escuchar aquel concierto y pronto perdieron la timidez, comenzando a mover la cola al ritmo de las contagiosas melodías. Luego, llegaron en tropel los patos, que sin recato alguno, se unieron a la fiesta con bastante más escándalo. Por último, las gallinas también se acercaron, aunque mucho más conservadoras y apegadas a su rutina, no parecían muy contentas con el espectáculo. Incluso, algunas empezaron a cuchichear por lo bajo, comentando lo poco conveniente de la conducta del polluelo, considerando que sería el sucesor de Papá Gallo. Sin embargo, aun ellas tuvieron que admitir que el pequeño lo hacía muy bien, a pesar de que se daban cuenta de que cantando así no despertaría a nadie jamás.

Gallito, sin percatarse mucho de lo que pasaba, cantaba y cantaba feliz. Eso, hasta que vio a Papá Gallo, atrás de todos, mirándolo alternadamente con cada ojo, estupefacto, sin poder creer lo

que estaba viendo. Cuando las gallinas y pollas se dieron cuenta de que el gallo estaba allí, presurosamente se alejaron asustadas. Los patos hicieron lo mismo, aunque reclamando por lo bajo contra el aguafiestas que venía a arruinar el momento. Gallito enmudeció y los mirlos, sorprendidos por el súbito cambio en la situación, igualmente se callaron, sin entender mucho lo que pasaba.

Papá Gallo se acercó a su hijo y mirándolo indignado, le preguntó:

—¿Qué significa esto?

—Na... nada, papá— contestó el polluelo, tragando saliva— Solo cantábamos...

—¡Ya me di cuenta de lo que hacían...!— exclamó su padre molesto— Lo que quiero saber es por qué estabas cantando con estos... pájaros voladores...

—¡No coma candela⁷, mi señor

⁷ No coma candela: (expresión caribeña) no se enoje.

don gallo...!— intervino el mirlo— El chico sólo se *diveltía* sanamente...

—¡No hablo contigo!— lo cortó en seco el gallo— ¡Y soy yo quien determina qué es “divertirse sanamente” para mi hijo...!

—¿Qué le pasa a éste, mi negro..?— preguntó otro mirlo— Si cantar no es sano, entonces, ¿qué cosa lo es?

—¿Y es que tú no cantas, señor gallo?— inquirió, a su vez el primero— Creí que *cantá* era lo que mejor hacen los gallos...

—Por supuesto...— respondió Papá Gallo—, pero los gallos cantamos para despertar al mundo, no para... divertirnos sanamente. Mi hijo debe cantar como su padre, su abuelo y todos sus antepasados lo hicieron y no como un... pájaro de circo.

—¡Y a mucha honra, mi *helmano!*— exclamó el mirlo molesto— ¡Prefiero ser un pájaro de circo, alegre y cantor, a *vil pega'o* al suelo como tú...!

—¡Largo de aquí, vagos...!— gritó el gallo furioso, engrifando⁸ las plumas del cogote.

—¡Sí que nos vamos...!— respondió el mirlo y, dirigiéndose al polluelo, agregó— Lástima, *helmanito*, una cosa es vivir *apega'o* al suelo por falta de alas y otra muy distinta es *polque* no se quiera *volá...* Lo haces bien, chico, buena *suelte...* ¡Adiosito!

—¡Chao, no más...!— bufó el gallo, que quería tener la última palabra, luego se volvió hacia su hijo— En cuanto a ti, jovencito, esta es la gota que rebalsó el bebedero... ¡No quiero que vuelvas a tratar con aves ajenas al gallinero, especialmente las voladoras!

—¡Pero papá...!— intentó protestar el polluelo, mas su padre no lo dejó.

—¡Nada de peros...!— lo interrumpió autoritario— ¡Se acabó y eso es todo!

⁸ Engrifar: erizar el pelo o las plumas. Señal de enojo y ataque.

Gallito bajó la mirada, triste y molesto por la actitud de su padre que no comprendía en absoluto. Casi llorando se alejó caminando lentamente hacia los ponederos. El gallo se quedó viéndolo y por poco se arrepiente de haber sido tan duro con él, pero sacudió la cabeza para espantar esa incipiente debilidad: no debía flaquear si quería que su hijo fuera un digno heredero. Ya se le pasaría y, cuando creciera, comprendería y hasta le agradecería lo que estaba haciendo. Convencido de esto, sacó pechuga y se encaramó en su estaca a vigilar que el día, tan disparatado hasta ese momento, por lo menos terminara como debía ser, esto es, sin que pasara nada extraordinario.

Pero no fue así. Estaba escrito que ese día no debía ser como los demás. Papá Gallo, un tanto cansado por el mal rato, dormitaba su siesta cuando, repentinamente, una sombra se proyectó sobre el suelo del gallinero.

Las pollitas miraron hacia el cielo, pero no le dieron mayor importancia a ese gran pájaro negro que se acercaba rápidamente hacia ellas. Eran demasiado jóvenes para reconocer al Jote⁹ y el peligro que significaba. Afortunadamente, una de las gallinas viejas salió de los ponederos y, horrorizada, dio la voz de alarma, justo cuando el rapaz intentaba coger con sus garras a una pollita lerdada que no alcanzó a huir. Papá Gallo, despertó de golpe y de inmediato se le subió la sangre a la cabeza, encolerizándose con la desfachatada osadía de ese avechucho impertinente. Seguramente no sabía que él estaba allí.

El gallo quizás no podía volar, pero sus alas no eran del todo inútiles, ya que le servían para dar grandes saltos cuando era necesario. Y ahora lo era. Veloz como solo un gallo enojado puede serlo, voló impetuoso, cayéndole por

⁹ Jote: ave rapaz (cazadora), no muy grande.

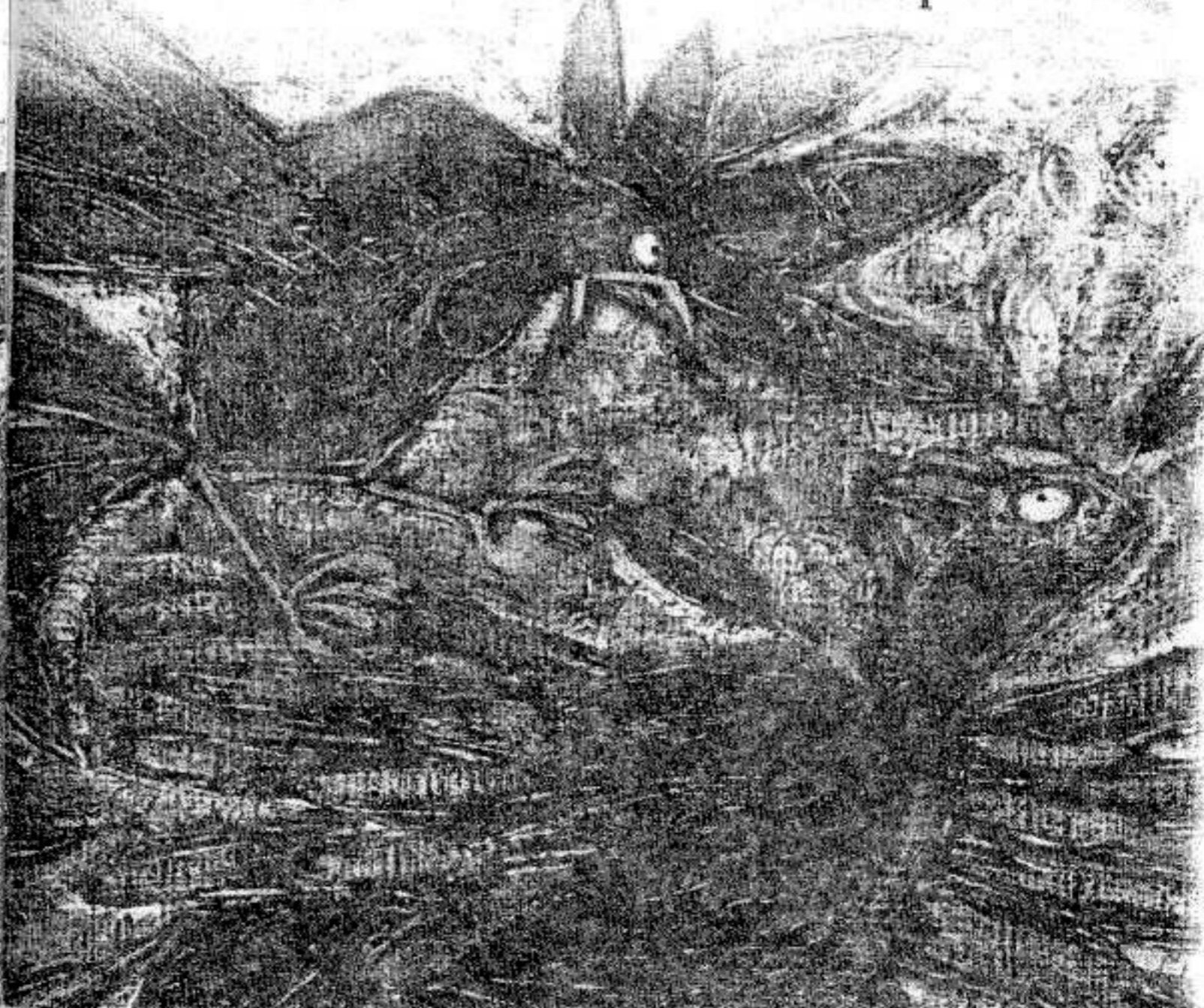
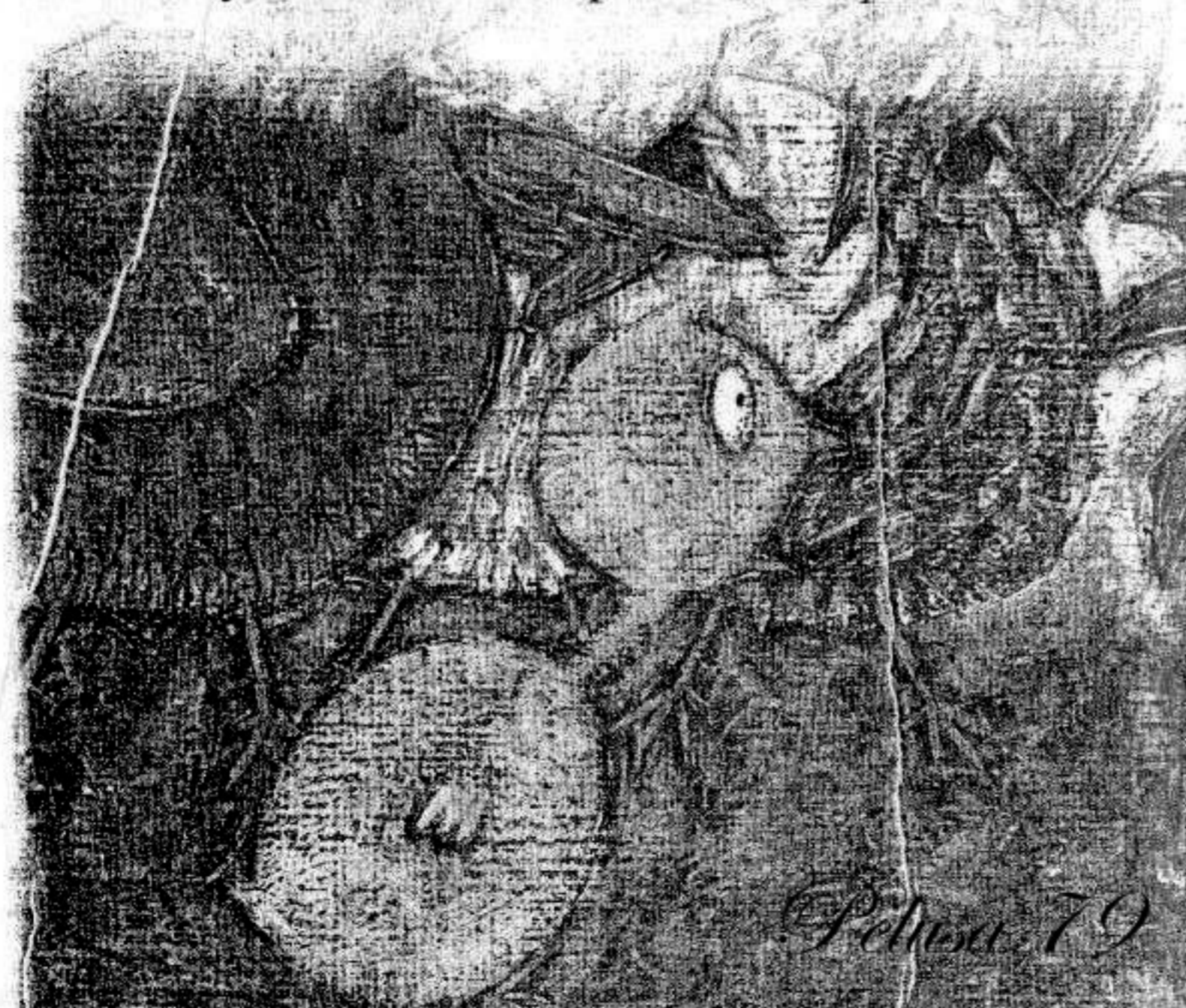
sorpresa al jote que, efectivamente, nunca se había enfrentado a un gallo furibundo. Eso significó una doble ventaja para Papá Gallo: primero, porque era realmente bueno peleando y no conocía el miedo y, segundo, porque el jote no tenía idea de cómo responder al ataque de la que suponía era una presa y no un rival. Fue tarea fácil para el gallo, que *vapuleó* como quiso al desventurado jote, quien, inútilmente trataba de emprender el vuelo, pero esos espolones¹⁰ certeros le habían estropeado un ala y los picotazos imparables no lo dejaban pensar. Las gallinas, entusiasmadas por la destreza de su campeón, lo alentaban con gritos emocionados y, a veces, crueles: —¡Eso es Papá Gallo, co-cooc...! ¡Enséñale lo que es bueno, co-co-cooc...! ¡A los ojos, a los ojos, para que no vuelva, cooc...!

¹⁰ Espolón: garra larga y afilada. Los gallos tienen una en cada pata y es su principal arma de ataque.

Gallito, asombrado, veía con la boca abierta como su padre maltrataba al más terrible enemigo de las gallinas, como si de un gorrión se tratara. No sabía si reír, gritar o correr a ayudarlo, aunque esto último no era necesario. Sin embargo, a pesar del regaño y el castigo, su corazón se inflamó de orgullo por su progenitor: Papá Gallo, el rey del gallinero, el defensor de las gallinas, ¡el terror de los jotes!

Finalmente, el pobre jote, humillado y malherido, pudo escapar sal-

tando, apenas, la alambrada. Aunque podía hacerlo, Papá Gallo no quiso saltarla él también, pues sabía que su enemigo no estaba tan a salvo como creía. Efectivamente, pronto el jote se dio cuenta de que había caído de la sartén a las brasas cuando los perros, que eran buenos aliados de las gallinas, se le fueron encima gruñendo bajo y con los pelos del lomo erizados. Sólo haciendo un esfuerzo supremo pudo echarse a volar y huir, maldiciendo la hora en que se le había ocurrido meterse a robar pollos en



ese gallinero, y maldiciendo, también, a este gallo desgraciado, que no sabía cuál era su lugar en la cadena alimenticia. Pero ya se vengaría algún día...

—¡Y no te atrevas a volver...!— gritaba aún enojado Papá Gallo, mientras veía al jote alejarse— ¡Ja, pájaro estúpido...!

—¡Buena pelea, señor gallo!— exclamó uno de los perros, felicitándolo.

—Gracias, amigo perro...— respondió Papá Gallo, acomodando sus plumas con gallardía y añadió, bravucón— Pero no fue nada... Era un jotecillo jovenzuelo que no sabía pelear siquiera... ¡Los viejos sí que dan batalla, esos me gustan a mí!

—¡Guau! ¡De todos modos, hay que ver cómo le diste...!— dijo sorprendido uno de los perros más jóvenes— ¡Nunca había visto a un gallo enfrentarse a un jote y molerlo a picotazos...!

—Eres un cachorro aún, hijo— le contestó el otro perro— Ahora ya sabes

lo peligroso que puede ser buscarle camorra al señor gallo...

—¡Seguro que sí, papá ...!— el cachorro estuvo de acuerdo— ¡Lección aprendida!

—Bien, hijo, bien...— Papá Perro miró a su hijo con orgullo, luego se dirigió al gallo— ¡Ah, los hijos...! ¡Cuánto nos alegran la vida, pero cuánto nos cuesta enseñarlos también!

—¡Dímelo a mí...!— respondió Papá Gallo, con desilusión.

—¿Qué pasa? ¿El pequeño gallo da problemas?— preguntó Papá Perro con aire burlón.

—Algunos...— contestó el gallo— No quiere seguir nuestras costumbres...

—¿De veras?— dijo el perro— ¡Lástima...! Lo que es mi chico, sólo hace lo que le digo...

—¡Ay...! ¡Ojalá tuviera yo un hijo como el tuyo...!— exclamó Papá Gallo, suspirando.

—No, tú en realidad no piensas

eso... ¿cierto?— Papá Perro cambió de pronto el tono, al tiempo que le hacía un gesto extraño con la nariz.

El gallo lo miró confundido, pero comprendiendo de pronto lo que pasaba, se volvió y vio a su polluelo parado allí, tras él, con los ojos llenos de lágrimas. Gallito se había acercado a felicitarlo admirado de su triunfo, pero se quedó paralizado de golpe al oír el último comentario de su padre. Antes de que Papá Gallo pudiera explicar nada, el pollito dio media vuelta y echó a correr hacia los ponederos. Su padre se insultó mentalmente por su lengua suelta.

Más tarde, Papá Gallo conversaba nuevamente con el Viejo Ratón.

—Pues, la verdad es que metiste la pata, amigo gallo— dijo el roedor.

—¿Qué puedo decir...? Tengo cerebro de pollo y a veces no pienso antes de hablar— se recriminaba el gallo, desolado.

—Bueno, bueno... Como diría el sabio Pasteur, no vale la pena llorar sobre la leche derramada— sentenció el ratón— Lo que debes hacer es ir y hablar con el pequeño.

—¿Con qué cara? Me odia, de seguro...— se negó Papá Gallo.

—No te odia, amigo gallo— lo consoló el roedor— Solamente está dolido. Te repito, ve y habla con él...

—¿Y qué le digo?— preguntó indeciso el gallo.

—¿Qué más podría ser?— le respondió el ratón, un poco molesto por tanta duda— Que te perdone, que hablaste sin pensar...

—Tendré que hacerlo... Mamá Gallina también está enojada conmigo— se quejó el ave.

—Ya lo dijo Macbeth, del inmortal Shakespeare, ellas saben cómo mandar— citó el ratón— Entonces, doble razón para hablar con el chico y arreglar las cosas.

—¡Sí, eso haré! Iré ahora mismo a hablar con mi hijo...— dijo muy convencido Papá Gallo, levantándose decidido— ¡Gracias, amigo ratón, has sido de gran ayuda...! ¡Adiós!

Por su parte, Gallito, después de mucho llorar y escuchar a su madre, quien intentó explicarle que Papá Gallo realmente no había querido decir lo que dijo, se secó las lágrimas y salió a tomar aire, para despejar la mente y el corazón. Otra vez se sentó a la sombra de la higuera, mirando el mundo de fuera de la alambrada. Allá estaban los perros, echados dormitando, y también unos chincoles¹¹, que saltaban graciosamente, buscando algo que comer en el suelo. Arriba, en el cielo, una bandada de golondrinas parecía danzar, girando de aquí para allá y de allá para acá, como

¹¹ Chincol: ave pequeña, muy similar al gorrión.

si se hubiesen vuelto locas de pronto. El polluelo se preguntó cómo sería volar y qué cosas habría en ese mundo tras los alambres. En eso estaba cuando un ruido venido de arriba llamó su atención: en una rama de la higuera, un extraño pájaro acababa de posarse. Gallito no había visto nunca un ave así, con esos ojazos tan grandes y ambos mirando al frente. Pensó en hablarle para saber quién era, pero recordó la prohibición de su padre y se contuvo. Sin embargo, el pájaro aquel bajó la mirada hacia él y sonriendo bonachón, lo saludó:

—Buenas tarrdes, pequeño gallo, ¿cómo tú estás?

—Buenas...— respondió el polluelo, preguntándose si saludando contravenía la orden de Papá Gallo— Estoy bien...

—Pues, porr tu carra no lo parece, pequeño— le dijo el otro— ¿Sucede algo malo? Un entrometido no quiero

serr, perro si en algo puede ayudarrte esta vieja lechuza...

—¿Es usted una lechuza?— preguntó el polluelo.

—Bueno, lo erra cuando me dorr mí en casa esta mañana y lo seguía siendo cuando me desperrté hace un rrato— respondió jocosamente la lechuza, con su manera de hablar tan rara— ¿Cuál es tu problema, pequeño?

—Es que...— Gallito se detuvo, dudoso.

—¿Sí...?— la lechuza lo miró con atención.

—Mi papá no quiere que hable con pájaros extraños...— explicó el polluelo.

—¡Oh, entiendo...!— señaló el otro— Eso está muy bien. Tu padre sabe lo que hace. Peligroso es parra un chico como tú exponerrse... anda mucho loco suelto porr ahí...

—Pero él no quiere que hable con nadie que no sea del gallinero... ¡con nadie!— se quejó el pequeño.

—¡Ah, ya...! Eso es un poco exagerrado, sin duda...— acotó la lechuza y luego preguntó— ¿Y porr qué no quiere?

—Porque no soy un buen gallo...— dijo tristemente Gallito, bajando la mirada.

—¿Cómo? ¿Porr qué dices eso?— el pájaro estaba extrañadísimo.

—No canto como lo hace él...— señaló el polluelo.

—¡Clarro que como él no puedes cantarr! ¡Tú erres muy pequeño aún y te falta mucho porr aprenderr!— exclamó sonriente la lechuza.

—No es eso...— Gallito bajó la voz, como avergonzado— No me gusta como canta, no es... muy bonito.

—¡Ya, ya! Ahorra entiendo mejorr— dijo el ave girando su cabeza casi completamente— Y tú quieres cantarr a tu manerra, ¿no es así?

—Me gusta mucho cantar, pero él dice que mi canto no despertará al

mundo, sino todo lo contrario...— explicó Gallito.

—Bien, bien, pequeño gallo— la lechuza habló después de pensarlo un poco— Yo creo que en un vaso de agua te estás ahogando. La verdad es que tu padre tiene razón en cuanto a exigirte que cantes como debe cantar un gallo, para despertar al mundo como dices, porque tu trabajo ése será y es importante que lo hagas bien. Y cuando aprendas a hacerlo así, entonces podrás darte rienda suelta a tu creatividad y cantar como quieras.

—Pero, no me gusta...— refutó tozudamente el polluelo.

—¡Lo sé...! Sin embargo, te aseguro que es necesario— continuó la lechuza— Todo lo que hagas tendrá una parte entretenida y emocionante, pero también tendrá una parte *latosa* y poco grata, no obstante, deberás hacerla igual.

—¿Siempre...?— preguntó el polli-

to casi *resignado*.

—Siempre— confirmó *enfático* la lechuza— Te diré: cuando yo era pequeño, lo único que quería era volar, tal como mis padres lo hacían, pero en mi apuro un detalle importante olvidé: que debían primero crecerme plumas en las alas y, por supuesto, termine dándome un porrazo por apurón. Hay que ir paso a paso en la vida, todo tiene su tiempo...

Gallito iba responder algo, pero la repentina aparición de Papá Gallo, lo contuvo. Su padre venía meditando la manera de disculparse con el polluelo, pero encontrarlo, una vez más, hablando con un pájaro volador, *contraviniendo* su orden, lo molestó bastante. Aun así, respiró hondo y trató de no perder los *estribos*, pues no quería tener más problemas con el chico. Se acercó serio y *ceñudo*, casi sin mirar a la lechuza.

—Hijo, quiero hablar contigo...— dijo al pequeño, sintiendo la aguda mi-

rada del pájaro sobre él.

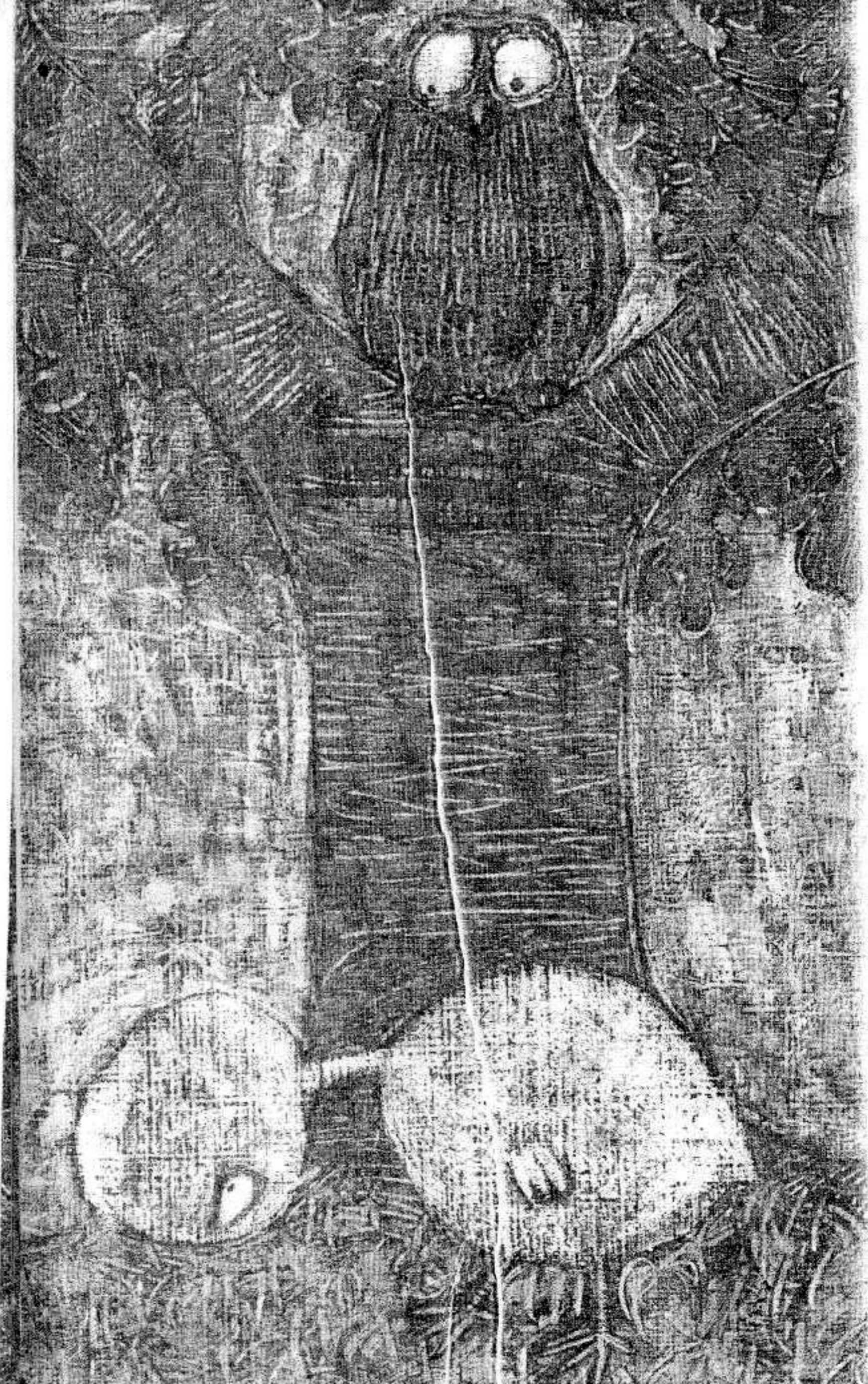
—¡Buenas tardes, señor gallo...!— saludó la lechuza cortésmente, sin darse por enterado de la poca educación del padre del polluelo— ¿Cómo está usted?

—¡Eh...! Buenas... bien, bien, gracias...— contestó evasivo el gallo— Ven, hijo...

—Tiene usted un hijo muy inteligente— el otro no quería perder la oportunidad de conversar, al parecer— Será un gran gallo, sin duda.

—Gracias— dijo Papá Gallo, un poco fastidiado con la insistencia de la lechuza— Eso espero...

—¡No debe esperrarr, sino estarr seguro de que así serrá!— recalcó el pájaro sonriente— Aun cuando un hijo no parezca entenderr, siempre escucha y, si lo hace, aprende... Perro rrecuerrde, señor gallo, su chico no es usted... Usted ya lo sabe todo, perro él no y necesita tiempo...



Indudablemente, el gallo era un buen padre, pero también era un buen gallo, lleno de orgullo (más aún después de lo del jote), terco y un poco cerrado de mollera¹². Quizás si no se hubiese tratado de una lechuza, ave voladora y nocturna, más encima, el prejuicioso gallo habría escuchado el buen consejo que le daban. Pero antes de que el otro terminara de hablar, ya estaba pensando que era un pájaro entrometido, que no tenía idea de lo que pasaba y que era un impertinente queriéndole dar consejos a él que, como lo había dicho la misma lechuza, lo sabía todo. Entonces, se le subió la sangre a la cabeza nuevamente y, sin pararse a pensar en lo que decía contestó:

—¡Mire señor lechuza, sé perfectamente lo que debo hacer y no necesito que ningún pájaro metiche me dé consejos...!

¹² Cerrado de mollera: que no entiende razones.

—¡Papá...!— exclamó Gallito, avergonzado por la reacción de su padre.

—¡Tú, calla...!— Ordenó imperioso Papá Gallo.

—Veo que me equivoqué al juzgarlo, señor gallo— dijo molesta la lechuza— Creí que un polluelo como el suyo debía tener un padre digno de él: inteligente y, sobre todo, más educado...

—¡Digno de él... digno de él...!— repitió el gallo tremendamente ofuscado. En realidad, por esa misma ofuscación¹³, no había entendido bien lo que la lechuza había dicho y, menos aún, pensó antes de responder lo que respondió— ¡Es él el que tiene que ser digno de mí...!

—¿Qué dice...?— preguntó estupefacta la lechuza— Usted no piensa antes de hablarr, señorr gallo... ¿No se da cuenta? ¡Acaba de meterr la pata hasta el fondo!

¹³ Ofuscación u ofuscamiento: incapacidad de entender por estar, en este caso, enojado.

—¿Qué? ¿Qué?— el gallo miró al otro sin comprender, pero la lechuga no respondió, echándose a volar y perdiéndose en el cielo del atardecer. Entonces, se volvió buscando a su hijo, diciendo— ¡Te prohibí expresamente conversar con...!

Mas Gallito no estaba allí para escucharlo. Lo llamó varias veces, pero el polluelo no respondió. Molesto, fue hasta los ponederos buscándolo, pero no lo encontró. Mamá Gallina, se puso nerviosa y él también empezó a preocuparse, arrepintiéndose de sus palabras y recriminándose por su estupidez. Pronto, todo el gallinero estuvo revolucionado buscando al pollito, pero éste no apareció por ninguna parte. Hasta los patos ayudaron en la búsqueda y fue uno de ellos quien encontró un agujero en la alambrada por donde, seguramente, Gallito había escapado hacia el exterior.

Mamá Gallina se puso histérica;

ya estaba oscureciendo y su polluelo vagaba solo allá afuera, en medio del peligro y quién sabe qué otra cosa peor. Papá Gallo no podía creer lo que estaba pasando, ése debía ser el día más infausto de su vida y para el gallinero también. Por primera vez no sabía qué hacer, pues el mundo exterior estaba fuera de su alcance y jurisdicción; muy pocas veces había salido y afuera, sólo era un ave más, sin mayor poder que el que le confirieran su astucia, fuerza o habilidad. El gallo era, lo había demostrado, fuerte, hábil y, a su manera, astuto, pero sabía que fuera del gallinero, había otros animales más fuertes, hábiles y astutos que él. Esto lo angustiaba aún más, pues, si él mismo se sentía incapaz de sobrevivir tras la alambrada, ¿qué quedaba para su polluelo, mucho más pequeño e inexperto que él?

Esto lo decidió: saldría a buscarlo, no tenía más opción. Se preparó para saltar la cerca, pero antes de que pudie-

ra hacerlo, el Viejo Ratón apareció y le dijo:

—Espera un poco, amigo gallo, no te precipites.

—¡No puedo esperar! ¡Mi chico está allá afuera!— le contestó vehemente el gallo.

—Sí, lo sé— señaló el ratón—, pero tengo una mejor idea... Escucha, ¿acaso sabes dónde o cómo buscarlo?

—¡No sé, pero no puedo quedarme aquí conversando...!— y se aprestó de nuevo a saltar, pero el roedor lo contuvo otra vez.

—¡Espera! Tú no lo encontrarás, no sabes cómo buscarlo— le dijo— Hazme caso, pide ayuda a los perros, ellos lo rastrearán...

—¡Caramba! ¡Tienes razón!— exclamó Papá Gallo— ¡Ellos tienen su olfato para seguir la pista..!

—Ya lo dijo el eminente estudioso Pavlov, el perro es el mejor amigo del hombre— argumentó complacido el

ratón— Supongamos que lo es, también, de las gallináceas¹⁴...

Sin perder un minuto, el atribulado gallo llamó a Papá Perro y lo puso al tanto de la situación. El buen can se dio por enterado y se comprometió a buscar al pequeño hasta encontrarlo. Pero antes de partir, dudó por un instante y preguntó:

—Y si lo encuentro, pero no quiere volver, ¿qué hago? No puedo traerlo a la fuerza...

—Es cierto...— Papá Gallo también dudó, sin saber qué responder.

—Entonces, mantente a distancia— le dijo el Viejo Ratón—, pero no lo pierdas de vista y lo cuidas hasta que llegue Papá Gallo.

—¡Humm! Eso haré...— acordó el perro, poco convencido de recibir órdenes de un ratón, aunque reconocía que

¹⁴ Gallináceas: familia de las gallinas y otras aves similares.

éste era un ratón especial, que sabía mucho y que, por lo menos, no se metía en la cocina del amo.

Mientras eso sucedía en el gallinero, Gallito caminaba ya bastante asustado por la creciente oscuridad que lo rodeaba. En realidad, no llegaba muy lejos aún, pero estaba fuera del territorio seguro y no contaba con la protección de Papá Gallo o de Mamá Gallina. En las crecientes sombras, todo se le fue transformando en fantasmagóricas¹⁵ figuras que atemorizaban su infantil corazón. Sin embargo, no permitió que el miedo lo dominara y siguió adelante, pues su enojo era más grande que cualquier temor y prefería enfrentar los peligros de la noche a volver. Era, sin duda, digno hijo de su padre, tan tozudo como él.

15 Fantasmagóricas: deformadas por la oscuridad, irreales.



El polluelo había escapado sin pensar y, por ello, vagaba sin rumbo fijo y sin saber qué haría de ahora en adelante. En su interior, lo único claro era la convicción de haber abandonado el gallinero para siempre, aunque no podía prever cuánto duraría ese "para siempre". Por lo pronto, se detuvo junto a un grueso y alto muro de adobe, único vestigio que quedaba en pie de lo que fue una antigua casona humana, y contempló las estrellas que repetían incesantes sus guiños allá arriba. Sobre los cerros distantes, ya se vislumbraba el pálido fulgor de la luna que no tardaría en aparecer.

De pronto, sobre el muro, cuatro pares de ojos se clavaron en él. Al descubrirlos, su corazón se apretó y casi se le escapa un grito, pero supo dominarse y, recordando que era un gallo, después de todo, se plantó firme y miró hacia el muro con desafiante temeridad.

—¿Quién anda ahí?!— preguntó con voz clara y segura.

—Miren, miren, miren lo que trajo la noche...— dijo un gato blanco con voz melosa, apareciendo de entre las sombras.

—Esto sí que es una cosa extraña...— dijo una gata negra, también surgiendo de la oscuridad.

—Rarísima, en verdad...— dijo un gato gris, saltando para ponerse junto a los otros.

—¡Un bípedo¹⁶ emplumado de los que deberían estar durmiendo a esta hora...!— exclamó un cuarto gato, amarillo esta vez. Los otros tres lo miraron con disgusto por su altisonante manera de hablar.

—¿Quiénes son ustedes?— preguntó el polluelo, mirándolos con desconfianza.

¹⁶ Bípedo: de dos patas.

—Vaya, vaya, vaya... el pequeño quiere saber quiénes somos...— repitió el gato blanco.

—¿No es una delicia? Tan pequeño...— señaló la gata negra.

—Pequeño, pero delicioso, sin duda...— el gato gris se pasó la lengua por los bigotes.

—¡Somos los felinos nocturnos y vamos a invitarte a cenar...!— dijo atolondradamente el gato amarillo.

—¿Felinos nocturnos...?— Gallito los miró sin comprender.

—Gatos, gatos, gatos... polluelo, eso somos— le explicó el gato blanco, algo sorprendido de que el pollito no les temiera.

—¿Y qué hacen ustedes los gatos?— preguntó el polluelo, sin inmutarse.

—¡Pues, comemos pollitos! ¡Ay!— el gato amarillo no alcanzó a terminar lo que decía, porque el gato gris le dio un pisotón en la cola.

—¡Oh! Nosotros... cuidamos de

que los ratones no invadan el mundo, pequeño— contestó la gata negra y los demás asintieron con la cabeza.

—¿Y cómo hacen eso?— Gallito ya empezaba a sospechar que esos gatos no eran buena compañía para él.

—¡Pues, nos los come...! ¡Ay!— otro pisotón sobre la cola del gato amarillo.

—Eso no importa, pequeño y delicioso polluelo— dijo el gato gris— Lo que nos intriga es qué haces fuera del gallinero a esta hora.

—Me escapé...— respondió Gallito, entristeciéndose de pronto.

—Escapó, escapó, escapó... ¡una fuga!— exclamó el repetitivo gato blanco.

—Pobre pequeño. ¿Y qué pudo hacerte huir de tu casa?— preguntó la gata negra.

—¡Oigan, si vamos a cenar, creo que debemos apurarnos...!— comenzó a decir el gato amarillo, pero no pudo continuar.

—¡Calla bocón, déjanos escuchar...!— lo interrumpió el gato gris, súbitamente interesado en la historia del polluelo.

—Mi papá no me quiere...— comenzó Gallito con los ojos húmedos.

—¿Cómo es posible eso, pequeño?— inquirió la gata negra, tocada en su instinto maternal.

—No quiero cantar como él...— continuó el pollito.

—¡Ah! El arte, el arte, el arte...— dijo el gato blanco.

—¡Ya sabemos! Ahora vamos a comer antes de... ¡Ay!— el gato amarillo recibió otro pisotón.

—¡Ya habrá tiempo después para comer, bocasuelta, ahora déjanos escuchar!— lo regañó el gato gris.

—¡Sí, “después, después”...!— lo remedó el gato amarillo y añadió— ¡No habrá después, jetón!

—¿De qué hablas?— le preguntó el gato gris sin entender.

—De los cuadrúpedos¹⁷ mordedores...— le explicó el gato amarillo, señalándole un punto entre las sombras, pero el otro no lo escuchó, pues tenía puestas las orejas en la historia del polluelo.

—... Y mi papá no me quiere, porque yo no canto como él— concluyó Gallito.

—Los padres, los padres, los padres... Nos aman y aún así, nos hacen la vida imposible— sentenció el gato blanco.

—¡Sale, farsante!— le dijo la gata negra riéndose— Tú ni siquiera conociste a tu padre.

—Por eso, por eso, por eso... ¿Ves que tengo razón?— le respondió el gato blanco.

—Así que a Papá Gallo no le gusta como cantas, ¿eh? ¿Y cómo lo haces?— le preguntó el gato gris.

¹⁷ Cuadrúpedo: de cuatro patas.

—Según los mirlos, lo hago bien...—
contestó Gallito, sacando pecho.

—Esos mirlos tienen mucho ritmo, no cabe duda... Si ellos lo dicen, así debe ser— concluyó el gato gris.

—A nosotros también nos gusta cantar...— dijo la gata negra.

—¿De veras? ¿Y cantan bien?—
preguntó el polluelo entusiasmado.

—¡Por supuesto, chico! ¡Vamos, démosle una muestra...!— exclamó el gato gris, también con entusiasmo.

—¡Claro! Siempre me ha gustado cantar antes de comer... Me abre el apetito— dijo la gata negra.

—¡Pues, no cantes entonces o te quedarás con hambre...!— le replicó el gato amarillo, malhumorado.

—¿De qué hablas?— le preguntó la gata negra.

—De que no cenarás pollo hoy, preciosa...— dijo Papá Perro, apareciendo de pronto junto con su cachorro, haciéndolos saltar a todos, excepto al gato



amarillo, que ya los había visto.

—¡Ug! Perros, perros, perros...— repitió el gato blanco.

—¡Señor perro...!— exclamó el polluelo sorprendido— ¿Qué hace usted aquí?

—Tu padre me envió a buscarte, muchacho— le respondió el can— Está muy preocupado...

—¿Ah, sí...?— Gallito se animó al saber que su padre lo extrañaba, pero su corazón dolido y su terquedad pudieron más y, encaramándose en la rama baja de un árbol que había por allí, añadió— ¡Yo no volveré...!

—Ya imaginaba una cosa así— dijo el perro, haciéndole un gesto a su hijo, quien salió disparado a buscar a Papá Gallo, tal como tenían convenido.

—Ya ves, ya ves, ya ves... el pequeño prefiere quedarse— señaló el gato blanco.

—Quiere oírnos cantar...— acotó la gata negra.

—Sí, déjalo con nosotros y le enseñaremos una canción— propuso el gato gris.

—¡Sí, cómo no...!— se burló Papá Perro, echándose junto al polluelo— Adelante, adelante... a mí también me gusta la buena música... ¡Pero sin bajar del muro!

—¡Qué ridículo!— exclamó el gato amarillo, molesto— ¡He oído hablar de público cautivo, pero nunca de artistas cautivos...!

—¿Van a cantar o no?— preguntó Gallito, envalentonado por la presencia del perro.

—Claro, claro, claro... aunque sólo para consolarnos de nuestra cena perdida— contestó el gato blanco.

—Así será...— agregó la gata negra— Esperemos a la luna, que ya no tarda.

Efectivamente, tras los cerros, la luna llena ya se asomaba remolona, como no queriendo mostrar su blan-

ca faz. A medida que avanzaba e iba iluminando el campo, un concierto de diminutas notas se propagó por todas partes, llenando el aire nocturno de una monótona melodía inacabable.

—¿Qué es eso?— preguntó el polluelo asombrado.

—Los grillos— le contestó el canto. Todas las noches ellos tocan sus guitarras buscando pareja.

—¿Guitarras?— repitió poco convencido el gato amarillo— A mí me sueñan a cascabel de bebé...

—Como sea— ladró el perro— ¿Cantan o no?

—Bien, bien, bien...— asintió el gato blanco— ¡Atención...! Empezaremos con *Miau a la luna llena*... ¿Listos? ¡Primer...a...deentro!

—Miau...— cantó la gata negra.

—Miau...— cantó el gato gris.

—Miau...— cantó el gato amarillo.

—Miau, miau, miau...— cantó el gato blanco.

—Miiiiiaaauuu...— cantaron los cuatro gatos a la vez.

El polluelo los miró encantado, quizás fueran unos malintencionados y, si pudieran, se lo comerían, pero estos gatos sí que sabían cantar. Sus voces melosas se acoplaban dulcemente y sonaban como un coro de violines o clarinetes destemplados. Hasta el perro los escuchaba embelesado con la melodía.

—¡Ségund...a...deent' o!— exclamó el gato blanco.

—Miau... miau... cantaron la gata negra y el gato amarillo.

—Miau... miau... miau...— cantaron el gato blanco y el gato gris.

—¡Miii-aaa-uuu...!— concluyó con voz de barítono el gato amarillo.

—¡Bravo, bravo!— gritó entusiasmado el polluelo.

—¡Ah...! El aplauso, el aplauso, el aplauso...— dijo el gato blanco.

—¡Qué ternura! Le gustamos...— dijo la gata negra.

—¡Nos admira...!— dijo el gato gris.

—¡Qué chico...! Casi me arrepiento de haber querido comérmelo— dijo el gato amarillo.

Los otros tres se quedaron mirándolo de una manera extraña, levantando una ceja y torciendo la boca.

—¿Qué...?— agregó entonces— Dije “casi”, ¿no?

En ese preciso momento, llegó Papá Gallo corriendo, acompañado del cachorro. Venía con cara de angustiado, algo pálido y traía las plumas desordenadas, pues se había dado un par de revolcones en el camino al estar poco acostumbrado a la oscuridad. Ansioso, ni siquiera se fijó en los gatos, preocupándose solo de su polluelo.

—¡Hijo...! ¿Estás bien?— le preguntó, luego agregó— Me tenías asustadísimo... ¡Y tu madre está histérica!

—El chico está bien, amigo gallo— le dijo Papá Perro— Por suerte, llegué a

tiempo antes de que esos cuatro... Bueno, tú sabes.

—¡Gatos!— exclamó el gallo al ver a los felinos sobre el muro— ¡Mira a lo que te has expuesto, hijo!

—No me hicieron nada, papá— señaló ofuscado Gallito— Sólo conversamos y me cantaron.

—Así es, así es, así es...— dijo el gato blanco.

—Sólo conversamos...— dijo la gata negra.

—Y le cantamos...— dijo el gato gris.

—¡Sí! No alcanzamos a invitarlo a cenar...— dijo el gato amarillo y los otros tres lo miraron feo.

—¡Uf!...— resopló hacia ellos Papá Gallo, después le dijo a su hijo— Debemos volver pequeño, tu madre no ha parado de llorar desde que te fuiste...

—¡No quiero volver!— respondió tercamente el pollito— ¿Para qué volver, si no soy digno de ti?

Su padre lo miró desolado. Después de unos segundos, le dijo:

—Pequeño, fui un tonto que se dejó llevar por su mal carácter... ¡Perdóname!

—Los mirlos sólo se estaban divirtiendo...— recordó el polluelo.

—Lo sé, hijo...— Papá Gallo se resignó.

—Y el Señor Lechuza me aconsejó hacer lo que tú me decías...— siguió Gallito.

—Ya está bien... Ya te pedí disculpas— Papá Gallo empezaba a perder la paciencia.

—Yo no soy un buen gallo papá— el pequeño se puso pesado— Tal vez será mejor que me vaya para siempre...

—Hijo... ¿Cuánto tiempo crees que sobrevivirás acá afuera?— le preguntó su padre, señalándole a los felinos— Y no sólo hay gatos por aquí...

—Pues, como sobreviven las demás aves— contestó Gallito sin pensar.

—Muchacho, ¡las otras aves vuelan!— le hizo ver el perro— Por eso sobreviven: escapan volando.

—Así es, pequeño— Papá Gallo lo miró suplicante e hizo una dramática pausa, antes de decir algo que le costaba demasiado— Hijo, ni siquiera yo podría sobrevivir mucho tiempo fuera del gallinero...

—¿Ni siquiera tú...?— el polluelo lo miró asombrado— ¡Pero tú no le tienes miedo a nada...!

—(Suspiro)... Sólo si estoy dentro del gallinero— admitió abrumado el gallo— ¿No entiendes? Adentro soy el más fuerte, por lo tanto, también debo ser el más fiero. Pero afuera, sólo soy un animal más, frente a muchos otros animales más fuertes que yo.

—Pero, ¡al jote podrías vencerlo en cualquier parte!— replicó el polluelo, que no quería creer que su padre conociera el miedo.

—Sí, seguro... y a un gato tam-

bién— concedió su padre, mirando hacia lo alto del muro—, pero no a cuatro, o a un perro desconocido, o a un zorro...

Hubo un breve silencio, durante el cual, el polluelo pareció entender lentamente lo que Papá Gallo le decía.

—Entonces, ¿de qué sirve estar tan orgulloso de nuestro canto?— preguntó al cabo, desilusionado.

—De... ¡uf!... de nada— susurró Papá Gallo bajando la cabeza, vencido.

Gallito no dijo más. Lentamente, bajó de la rama y se encaminó hacia el gallinero. Tras él fueron en silencio el cachorro, el gallo y, por último, el perro.

Algunas semanas después, Papá Gallo, sentado en su estaca, vigilaba que nada alterara el orden del gallinero, como siempre. A la distancia, vio a su hijo, ya bastante crecido, que permanecía echado a la sombra de la higuera, escuchando a los pájaros cantar. Aunque habían seguido con sus lecciones y el chico abandonara su actitud rebelde,



el gallo no se sentía contento. El polluelo de antes, el que lo sacaba de quicio, pero que también lo admiraba, era mucho mejor que este pollo obsecuente¹⁸, pero abúlico¹⁹ que lo había reemplazado. Papá Gallo se sentía fracasado frente a los ojos de su hijo y eso le dolía en lo más íntimo, mucho más profundo aún que el orgullo.

—¡Buen día, amigo gallo!— saludó el Viejo Ratón— ¡Pero qué cara! ¿Otra vez pensando en tu hijo?

—No puedo evitarlo, amigo ratón— le contestó— Ese chico ha perdido el ímpetu que un buen gallo debe tener... y todo por culpa mía.

—No debes ser tan duro contigo mismo— lo consoló el roedor— Sólo hiciste lo que creíste correcto... Creo que fue el famoso Napoleón quien dijo: la intención es lo que cuenta...

18 Obsecuente: demasiado obediente, sumiso.

19 Abúlico: que no tiene energía ni interés.

—No es un gran consuelo— respondió el gallo— Y lo peor de todo es que no sé qué hacer.

—Lo que no tiene remedio, remediado está, dijo Hipócrates— comentó el ratón— Pero estoy seguro de que no es para tanto.

—Sin embargo, debo hacer algo— concluyó Papá Gallo, algo molesto por los dichos del ratón.

—Dáale tiempo al tiempo— aconsejó el roedor— Ya se te ocurrirá algo.

Pero no fue el tiempo, sino la fortuna, la que vino a ayudar al gallo. En el cielo, un punto negro giraba en lentos círculos sobre el gallinero, esperando el momento preciso.

Abajo, en tanto, un hombre que venía a caballo, se acercó al gallinero, se detuvo junto a él, desmontó y ató las riendas del animal a uno de los postes de la alambrada. En seguida desapareció camino a las casas, pero el caballo, joven y nervioso, quiso seguirlo y tironeó

y tironeó, hasta que los palos del cerco, ya podridos por el tiempo, cedieron viniéndose abajo. La batahola fue general entre las asustadas gallinas y los juguetones pollos, que salieron corriendo alentados por esa inesperada libertad, seguidos de sus madres cacareantes.

Papá Gallo, olvidando sus tribulaciones de padre, se aprestó a hacerse cargo de la situación. De dos saltos, pasó por los restos de la alambrada y se plantó amenazante delante de los fugitivos pollos, que se paralizaron de inmediato al verlo.

Ese era el momento que esperaban allá arriba. En un raudito piquero, una joven jote cayó sobre uno de los polluelos desprevenidos. Pero con la misma celeridad casi, Papá Gallo reaccionó y la enfrentó con las plumas del cogote engrifadas, para verse más grande. De dos espolonazos, la obligó a soltar a su presa, que salió huyendo despavorida.

—¡Vete de aquí, jetona, o te irá

mal!— la amenazó el gallo furioso.

—¿Estás seguro de eso, gallo pajarón?— le respondió la jote con una sonrisita que él no alcanzó a comprender.

—¡No serás la primera de tu clase a la que...!— pero Papá Gallo no pudo terminar de hablar. Súbitamente, algo lo golpeó por atrás, arrastrándolo por el suelo. Antes de que se diera cuenta, un dolor agudo le clavó el espinazo, justo donde la garra de otro jote se enterraba en su carne.

—¡Sorpresa, desgraciado...!— le dijo burlón el rapaz, presionando con todo su peso sobre él, para evitar que se moviera.

—¡Tú...!— exclamó el gallo al reconocer al jote que había humillado tiempo atrás.

—¡Sí, yo! ¡Ahora no pareces tan fiero...! ¿Eh?— le dijo, apretando cruelmente su garra, mientras la otra jote se acercaba— Te presento a mi pareja, ella sabe distraer muy bien, ¿no?

—¡Te dije que no volvieras...!— Papá Gallo no perdió la dignidad y continuaba bravuconeando²⁰.

—¡Volví porque tengo hambre, infeliz...!— le contestó con rabia el otro, amenazándolo con su pico engarfiado— ¿Y sabes qué habrá hoy en nuestro almuerzo...?

—¡Festín de gallo!— rio malvadamente la jote, aprestándose a darle un picotazo mortal.

—¡No lo creo!— gritó Gallito, empujándola de un golpe contra su novio que, sorprendido, soltó su presa al caer.

—¡Hijo...!— exclamó Papá Gallo al darse cuenta de lo que pasaba.

—¡Vamos, papá, no importa que estemos fuera del gallinero!— lo alentó su hijo.

Y antes de que los jotes pudieran

²⁰ Bravuconear: en este caso, hacer amenazas que no se pueden cumplir. También alardear.

reponerse, el pequeño gallo saltó sobre ambos, cayéndoles a uno con los espolones y a picotazos a la otra. Pero sus enemigos se recobraron rápidamente y Gallito aún era tan sólo un pollo. Pronto se vio sobrepasado en fuerza y cayó adolorido por un picotazo del jote que, graznando de rabia quiso liquidarlo con otro picotazo. Pero Papá Gallo, a pesar de estar herido, lo hizo comer tierra de un espolonazo certero. La jote se paralizó de terror al ver a su pareja tendido y sangrando, situación que aprovechó el gallo para despacharla también. Dos picotazos y un empujón y ella acompañó en el suelo a su novio. Seguramente los jotes hubiesen intentado continuar la batalla y con todas las posibilidades de ganarla, pero los perros aparecieron ladrando su grito de guerra y salvaron la situación. Los rapaces, nuevamente humillados y malheridos, escaparon apenas, echándose a volar como pudieron. Esta vez no volverían jamás.

Esa tarde, poco antes de que el sol se escondiera y con la alambrada ya reparada, los pollos, los patos, los perros y el Viejo Ratón, se reunieron bajo la higuera. Papá Gallo y Gallito cojeaban, pero sonreían felices, mientras los demás parloteaban alegremente, comentando la descomunal lucha de la mañana.

—Bien, amigo gallo— dijo el ratón—, creo que tu polluelo recuperó su ímpetu²¹, después de todo.

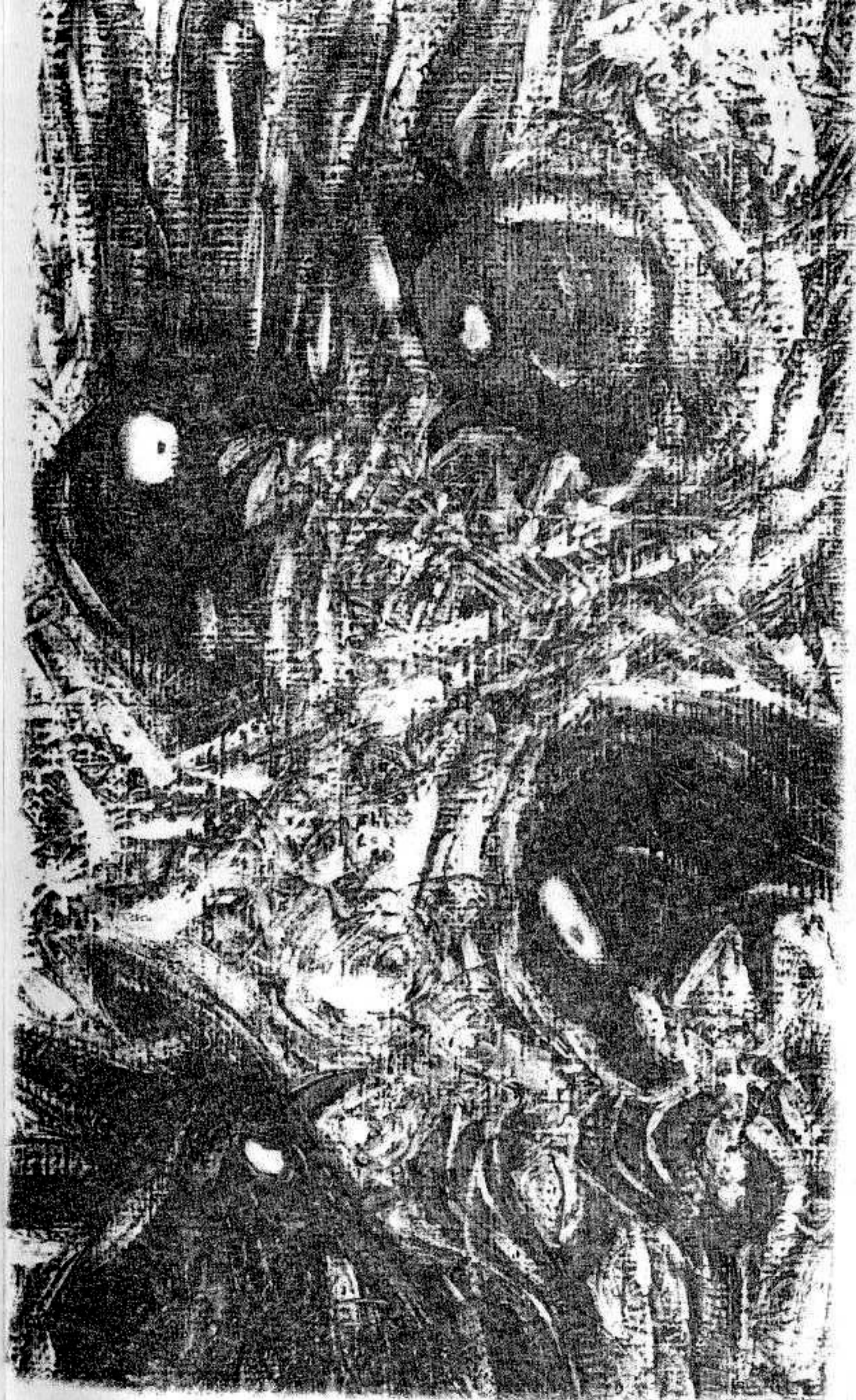
—¡Pues, claro!— respondió orgulloso el gallo— ¡Por algo es mi hijo!

—¡Ah! ¡Como dijo el gran escritor Kipling: hijo de tigre tiene que salir rayado!— concluyó el roedor.

—¡Guau! ¡Fue fenomenal cómo salvaste a tu papá!— dijo el cachorro con admiración.

—No fue nada... eran unos jotes

²¹ Ímpetu: brío, fuerza, pasión.



inexpertos...- Gallito bravuconeaba tan bien como su padre.

—¡Estoy tan feliz, que siento deseos de cantar!- señaló contento el gallo.

—Pero no es la madrugada...- dijo extrañado el Viejo Ratón.

—¡Al diablo con despertar al mundo...!- exclamó Papá Gallo, sorprendiéndolos a todos- ¡Quiero cantar para celebrar!

Y a la mañana siguiente, un poco más tarde de lo acostumbrado, cantó el gallito.

SOBRE LOS DICHOS DEL VIEJO RATÓN:

Galileo Galilei (1564 - 1642): Sabio renacentista italiano que fue el primero en postular públicamente que los planetas giraban alrededor del sol y no de la tierra, como se creía en ese entonces. Aunque, seguramente, nunca dijo eso de "las cosas cambian", su teoría, llamada heliocéntrica, sí significó un cambio radical en la forma de ver el mundo en su época. Tanto así, que fue obligado a retractarse, ante la amenaza de ser quemado en la hoguera como hereje por la Inquisición. A pesar de esto, la tierra siguió girando alrededor del sol y no al revés.

Sócrates (470 - 399 a.c. aprox.): Filósofo griego que fue condenado a muerte por enseñar a sus discípulos, supuestamente, a dudar de algunas verdades incuestionables en su época. Puede que,



durante su juicio, haya dicho algo así como: "los niños piensan (no solo los adultos)", aunque sus alumnos eran, más bien, adolescentes.

Luis Pasteur (1822 - 1895): Sabio francés. Probablemente, jamás haya dicho nada semejante a "no vale la pena llorar sobre la leche derramada", pero su nombre se vincula a la leche pasteurizada, es decir, libre de gérmenes y microbios.

Macbeth: Protagonista del drama del mismo nombre, de W. Shakespeare (1564 - 1616), quien asesina a su legítimo rey para tomar su puesto. En ninguna parte de la obra él dice: "las mujeres saben mandar", pero fue convencido de cometer la traición por su mujer, Lady Macbeth. Por hacerle caso, perdió el honor y la vida (y ella también).

Iván Pavlov (1849 - 1936): Científico ruso que demostró el concepto de condicionamiento de la conducta, algo que sería muy difícil de explicar aquí, pero valga saber que utilizó para sus experimentos a un grupo de perros. Por eso, aunque no se sabe si alguna vez lo dijo, seguramente debe haber considerado al perro como el mejor amigo del hombre.

Napoleón Bonaparte (1796 - 1821): Militar francés que intentó convertir a Francia en un gran imperio, tratando de conquistar al resto de Europa, pero no pudo hacerlo. En ningún libro de historia aparece alguna frase suya similar a: "la intención es lo que vale", pero, sin duda, lo pensó más de una vez.

Hipócrates (460 - 355 a.c. aprox.): Médico griego, famoso por su juramento, que todos los médicos del mundo hacen al momento de titularse. Obviamente,

nadie puede asegurar que dijera: "lo que no tiene remedio, remediado está", sin embargo, tampoco se puede asegurar lo contrario.

Rudyard Kipling (1865 - 1936): Escritor inglés, nacido en la India, autor de El libro de la selva y otros relatos relacionados con el paisaje y los animales de la India (entre ellos, el tigre). Quizás no lo haya dicho, pero sin duda alguna, él sabía que los hijos de tigre también usan traje a rayas, como sus padres.



GALLITO NO QUIERE CANTAR PARA "DESPERTAR AL MUNDO" COMO ORGULLOSAMENTE LO HACE SU PAPÁ GALLO, QUIEN PRETENDE QUE SU HIJO SIGA CON LA TRADICIÓN ANCESTRAL DE SU ESPECIE. COMO BUENOS GALLOS, AMBOS SON TOZUDOS Y NO ESTÁN DISPUESTOS A CEDER FÁCILMENTE, PROVOCANDO UN DESBARAJUSTE EN LA TRANQUILA RUTINA DEL GALLINERO, LO QUE PUEDE LLEGAR A SER UN SERIO PROBLEMA PARA SUS HABITANTES. AMBOS TAMBIÉN, SON VALIENTES Y FIEROS, PERO ¿LES BASTARÁ CON ESO PARA SOLUCIONAR SUS PROBLEMAS?

FELIPE JORDÁN JIMÉNEZ NACIÓ EN SANTIAGO, EN 1964. ES PROFESOR DE LENGUAJE Y ESA VOCACIÓN DOCENTE LO OBLIGA A CREAR PARA LOS NIÑOS, DELICIOSOS RELATOS COMO GALLITO JAZZ, GANADOR DEL PRIMER PREMIO BARCO DE VAPOR DE CHILE

A PARTIR DE 7 AÑOS